

BIBLIOTECA CENTRAL
D. J. M. L.

imposible en circunstancias de las
danzas, imposible para las grandes de viciosa. La
guiso hará en lo de adobe, y tal vez en todas en
circunstancias por hacer me deber por agradecer a Dios por
cumplir con la misión que me cometa el Espíritu Santo.



DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO
SEMINARIO DE SAN LUIS POTOSÍ, LA NOCHE DEL
27 DE OCTUBRE DE 1889.



ALTO, Señores, á la regla que yo mismo me impuse, de celebrar el aniversario de mi traslación á esta diócesi, distribuyendo los premios á los alumnos de mi Seminario. Asuntos de no leve importancia me obligan á anticipar esta solemnidad, y quiero, ante todo, explicároslos.

El 6 de Noviembre hará cien años que el Sumo Pontífice Pío VI, de gloriosa memoria, nombraba el primer Obispo destinado á regir él solo la Iglesia toda de la recién emancipada República de los Estados Unidos de América, á la cual, como sabéis, aun no se unían las colonias francesas y españolas, que hoy forman parte de su territorio. ¡Pequeña, en verdad, era esa Iglesia! Perdidos entre cuatro millones de habitantes, comprendiendo entre éstos los esclavos, arrastraban una existencia

miserable, oprimidos y vejados por las leyes y por sus conciudadanos heterodoxos, cuarenta mil católicos. Una insignificante patrulla de treinta misioneros, casi todos pertenecientes á la Compañía de Jesús, atendía á las necesidades espirituales de este rebaño que, junto, constituiría apenas una parroquia de las nuestras; pero que, desparramado como se hallaba en una vastísima extensión de terreno, sin vías fáciles de comunicación, era una carga demasiado pesada para ese puñado de operarios.

Ni un solo hospital, ni una sola casa de beneficencia fundada ó sostenida por la caridad católica, existía entonces en aquel país. No puede decirse que hubiera una sola Iglesia, pues tal nombre no merecían los raquícos oratorios que se elevaban en las colonias católicas, principalmente en Marilandia y Pensilvania. El Colegio de Georgetown acababa de abrirse, y era el único establecimiento católico en la República.

Antes de pasar adelante permitidme que os recuerde el estado que en esa misma época guardaba la Iglesia Mexicana. Gobernaba la Metrópoli de México el insigne Arzobispo D. Alonso de Haro y Peralta. Florecía la Universidad. El Seminario contaba con cerca de cincuenta mil pesos de renta. El Hospital de San Andrés acababa de fundarse, gastando el Prelado medio millón de pesos. 6,958 presbíteros seculares y 4,239 sacerdotes de diversas órdenes religiosas habían sido por él solo ordenados. Aunque la enseñanza había sufrido ya un golpe terrible con la pragmática sanción de Carlos III, San Ildefonso y Tepotzotlán se habían poblado de nuevos profesores. La Catedral de México se elevaba suntuosa, y lo mismo las siete Iglesias anexas al convento

de San Francisco, la de Santo Domingo y la Profesa, las cincuenta en que alababan al Señor más de mil religiosas, y las incontables que surgían por todos lados en la vasta arquidiócesi. No era menor la suntuosidad y el número de los templos en la célebre diócesi de Puebla, y con ella rivalizaban Michoacán y Guadalajara. Colegios, hospitales, asilos, conventos de ambos sexos pululaban por todas partes; y si hubiera de precisar el número de millares de iglesias y oratorios que desde las Californias y Tejashasta Yucatán y Chiapas hormigueaban por todos lados, me tacharíais, sin duda, de exagerado. No hacía muchos años que por cuarta vez se habían congregado en concilio, bajo la presidencia del inolvidable Arzobispo Lorenzana, los Obispos todos de la Nueva España; y al mismo tiempo que nuevos Obispos se erigían en remotas y despobladas regiones como Sonora y Nuevo León, se daban pasos para crear sedes episcopales en ciudades que, como la nuestra, empezaban á ser importantes. Entretanto, la Religión Católica reinaba absoluta, y conquistadores y aborígenes, magistrados y pueblo, reconocían que á ella debía México cuanto era y podía ser, y le rendían sin miedo el debido homenaje.

Cien años han pasado, y ¿qué ha sido de tanta grandeza? ¿Dónde está la Universidad Mexicana, famosa durante tres siglos? ¿En qué manos se encuentran los hospitales y casas de beneficencia fundadas por la Iglesia? ¿Á qué usos se destinan los conventos que aun no han sido demolidos? ¿Qué se han hecho las rentas y los edificios de los seminarios, antes tan florecientes? ¿Cuántos templos han podido resistir al ímpetu destructor que

ya física ya moralmente los ha abatido ó pretende aún derribarlos? Sumando todos los sacerdotes esparcidos en todas las diócesis de nuestra República, ¿llegarán siquiera á los once mil ordenados en México por solo el Arzobispo Haro y Peralta? ¿Qué religión profesan en realidad esos innumerables católicos que se glorían de este título, pero nada hacen por su Iglesia?

Ved, entretanto, el cuadro halagador que nos ofrece la Iglesia de los Estados Unidos al terminar el primer siglo de su existencia. Los cuarenta mil católicos de hace cien años se han multiplicado hasta llegar hoy á nueve millones. Cuenta la Jerarquía 13 Arzobispos, 71 Obispos y 8,000 sacerdotes. Las Iglesias y capillas llegan á 10,500. 27 son los seminarios exclusivamente clericales; florecen 650 colegios para la educación superior de la juventud de ambos sexos, y se cuentan 3,100 escuelas parroquiales. La caridad católica ha fundado y sostiene 520 hospitales, orfanatorios y casas de beneficencia, donde se curan toda clase de dolencias y donde se liberta á la niñez de ambos sexos de toda clase de miseria temporal y espiritual.

Pero no es esto todo. Después de enumerar estos adelantos, añade el Cardenal Arzobispo de Baltimore en una reciente pastoral: "Al mismo tiempo que nos gozamos en la fuerza numérica de la Religión Católica, nos regocijamos todavía más al ver que lejos de descubrir síntoma alguno de tibieza religiosa, ó menos aún de decadencia ó disolución, la Iglesia manifiesta una vitalidad orgánica, un espíritu exuberante, una actividad vigorosa y un crecimiento robusto, que nutren nuestras bien fundadas esperanzas de una dilatación sin límites en lo

futuro. Nos regocijamos también porque el Episcopado y el Clero, no sólo se han multiplicado grandemente, sino que se hallan unidos con los vínculos de la fe, la esperanza y la caridad. . . . Nos llenan de regocijo igualmente las cordiales é íntimas relaciones que existen entre el clero y los fieles á su cuidado cometidos. . . ."

Con razón se preparan los católicos de los Estados Unidos á celebrar el aniversario secular de un acontecimiento que tantos bienes ha traído á la Religión, con grandes fiestas religiosas y cívicas, que llenarán varios días del próximo Noviembre. Se reunirá asimismo un Congreso Católico, y se inaugurará la nueva y grande Universidad Católica, á cuya fundación han contribuido los fieles con donaciones verdaderamente regias.

Á estas fiestas, á las cuales hasta el Sumo Pontífice envía un delegado especial, y á que se espera concurrirán cerca de ochenta Prelados, no sólo de los Estados Unidos, sino también del Canadá y de nuestra México, ha sido convidado vuestro Obispo, y es inútil deciros que se ha apresurado á aceptar la invitación. En medio de la atmósfera pesada que respira en México el católico, siente todo Prelado amante de su religión, la necesidad de salir de cuando en cuando á respirar aires más libres, y de cerciorarse por sus propios ojos de que no todos los discípulos de Cristo gimen en el mismo cautiverio, ni todos han colgado, como nosotros, de los sauces que prestan su sombra á los ríos de Babel, los laudes que acompañan las alabanzas del Señor.

Pero no porque me halle yo mismo ausente de vosotros, dejará de celebrarse en este Seminario la sexta vuelta del día, para mí siempre fausto á pesar de tantos

desengaños, en que ceñí la mitra de San Luis Potosí. Esa mañana terminarán los ejercicios espirituales á que mi clero ha sido debidamente convocado, y que me ha prometido dirigir en persona el infatigable misionero D. Antonio Plancarte y Labastida. Bien lo conocéis. En este mismo recinto ha reunido, no ha mucho, á los más insignes varones de nuestra Ciudad, que no se han arrepentido, por cierto, de haber practicado bajo su dirección el santo retiro. Otro tanto, y con éxito igual, hizo poco después en Matehuala. Más tarde las principales damas de nuestra sociedad se congregaron de igual modo á hacer los ejercicios de San Ignacio bajo el mismo maestro; y ya en la cátedra sagrada, ya en el confesonario, tuvieron pruebas de su facundia, su prudencia, su celo, su virtud, su santa franqueza. En la vasta Iglesia del Carmen lo oyeron las turbas compadecer á María en sus dolores, repetir y comentar elocuentemente las siete palabras del moribundo Redentor. Fructíferas fueron las misiones que con tanto acierto dió en Matehuala, en Catorce y en Santa María del Río, en las cuales predicó, sin ambages, la verdad, tronó con libertad contra el vicio, reprendió sin miedo á los pecadores; y sin embargo, en nada ofendió la susceptibilidad más delicada, en nada hirió la farisaica suspicacia de los que acudían *ut cape-vent eum in sermone*. Me aprovecho de la primera oportunidad que se me presenta para dar público testimonio de la gratitud mía propia, y de todo mi pueblo, á tan digno sacerdote, á tan desinteresado amigo, á tan docto predicador.

Ya que os he dado las razones que me obligan á anticipar la distribución de premios, justo es que os hable de

ella misma y de mi Seminario. Cuando hace poco más de un año, obligado por acontecimientos independientes de mi voluntad, y para poner término á una anarquía, aunque momentánea, funesta; cuando hace poco más de un año, digo, nombré rector al digno religioso que hoy gobierna mi Colegio, no me asombraron los aplausos unánimes que fuera y dentro del Seminario acompañaron tan acertado nombramiento. Me decía mi conciencia que al dar este paso no sólo ejercía un indiscutible derecho, no sólo llenaba un imprescindible deber, sino que obraba conforme á las reglas de la más exquisita prudencia, y cumplía con los preceptos de la caridad mejor ordenada. Aguardé tranquilo que la Providencia, que vela benigna sobre los Pastores, por indignos que sean, confirmara mi determinación; y la Providencia se dignó confirmarla plenamente, y ordenar los sucesos, dentro y fuera de mi diócesi, de una manera tal y con una rapidez tan inesperada, que muy pronto aparecí justificado, aun á los ojos de aquellos que querían dudar de mi acierto. Yo os felicito, oh alumnos y padres de familia, porque el Dueño Celestial de la Viña que para él y por él cultivo, se ha dignado con señales patentes aprobar los plácemes que de diversos modos me dirigisteis al entregar en manos del actual Rector el gobierno de mi abandonado plantel. Una sola cosa tengo que echarme en cara: y es el no haber dado tal paso quince meses antes. Quise contemporizar; quise, dando ejemplos de prudencia, infundir en otros esta virtud; y olvidé que en el que manda la prudencia muchas veces degenera en debilidad, y la contemporización engendra males sin número.

Sea como fuere, estos males se han remediado. No pretendo deciros que mi Seminario ha llegado á la perfección; semejante aserto, sobre ser falso, os haría sonreír, obligándoos á dudar aun de la verdad. Debo, sí, aseguraros, que tanto profesores como discípulos han adelantado sobremanera. Lo he visto palpablemente en los exámenes públicos que acaban de verificarse, y en los que, bajo el nombre de *specimen*, se presentan en diversas épocas del año escolar. Aquellos, entre los teólogos, que más se han consagrado al latín, son los que más han lucido sus conocimientos científicos. El acto público de Física estuvo verdaderamente brillante; y por ello felicito al docto Profesor, cuyos largos y meritorios trabajos acabo de recompensar con una prebenda. La Filosofía racional se ha enseñado y estudiado con mayor ahinco y aprovechamiento que el año anterior: otro tanto me parece que ha sucedido con las Humanidades y la Retórica.

Aunque á los principios, por falta de práctica, no estaban suficientemente diestros en hacer observar la debida disciplina nuestros improvisados vigilantes y prefectos, la práctica de varios años y las lecciones del Rector y otros experimentados maestros los han despertado no poco, y les han hecho comprender sus no fáciles deberes. Puedo, por tanto, exhortar á los padres de familia á tener en ellos confianza; y no temo equivocarme al asegurarles que ya su formación es tan perfecta como podemos esperar, y que nuestro cuadro de superiores se halla á la altura de cualquiera otro en el país. No hay, pues, que despreciarlos, porque no han venido todos de fuera, ni que desconfiar de algunos porque se les ha co-

nocido desde la infancia. Ninguno nace ya docto y con experiencia. Todo se adquiere con la educación y el tiempo, y ni uno ni otro ha faltado á los que forman el cuerpo docente del Seminario.

Aunque he visitado este año no pocas parroquias de la diócesi, las nuevas y rápidas vías de comunicación me han permitido no ausentarme nunca por largo tiempo de la Capital del Obispado. Así es que, aunque *trece* excursiones he emprendido, ninguna ha pasado de un corto número de días, y he podido atender personalmente al cumplimiento de mis deberes en la Ciudad Episcopal. Uno de ellos es la visita del Seminario; y la he practicado con la debida frecuencia, aunque no tan á menudo que diera lugar á que se me sospechara de falta de confianza en el digno Rector. Con él mis relaciones han sido cordiales, si bien las circunstancias no han engendrado aquella intimidad que en otras ocasiones he tenido con los directores de mis planteles eclesiásticos. En mis visitas y conversaciones he podido ver el empeño que ha tenido por la limpieza de alma y cuerpo de sus alumnos á su vigilancia encomendados: empeño que ha sido acompañado del éxito más feliz.

Algunos trabajos materiales se emprendieron en las vacaciones pasadas; durante el año escolar se compraron algunas otras casas, contiguas á las ya adquiridas, que servirán en tiempo oportuno al engrandecimiento del edificio. Algunos de estos gastos, la benignidad con que se admitió *de gracia* á más alumnos de los que convenía, y alguna otra causa aun no investigada, ocasionó un desnivel en el ramo hacendario, de que hace poco tuve conocimiento. Siendo demasiado tarde para dictar otras

medidas, impuse un pequeño sacrificio á mi propia renta y á la del Venerable Cabildo, con que espero, por de pronto, remediar el mal. Si esto no bastare, habrá que exigir igual sacrificio á los Profesores y al resto del Clero. Por este ligero desastre, que no tengo reparo en confesar, verán los alumnos y los padres de familia la obligación en que se encuentran de ser puntuales y generosos en sus pagos; pues sólo de esa manera pueden sostenerse hoy día los establecimientos de educación que aun tiene la Iglesia.

¡Jóvenes Seminaristas! Como ya en los años anteriores os he dirigido la palabra en ocasiones semejantes á la presente, no juzgo necesario repetiros lo que tantas veces os he encarecido acerca del estudio perfecto del latín, de la dialéctica, de la Teología, de las ceremonias sagradas. Menos necesario me parece recomendar una vez más el que os amoldéis desde temprano á la eclesiástica disciplina, para que seáis con el tiempo dignos ministros del Altísimo. Tenéis buen guía al frente de vuestro colegio; los profesores salidos no ha mucho de vuestras filas, ya son dignos del título que llevan: seguid sus huellas y sus indicaciones y llegaréis á constituir un clero que dará gloria á Dios, honra á la Iglesia, lustre á la patria y satisfacción á vuestro Pastor.



DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO

SEMINARIO DE SAN LUIS POTOSÍ, LA NOCHE DEL

13 DE NOVIEMBRE DE 1890.